



#### CAPITULO IV.

RUINA FUTURA DE JERUSALEM Y DEL TEMPLO.

FIN DE LOS TIEMPOS.

Al dejar el Templo, á donde él ya no debía volver, Jesús, rodeado de los suyos, más que nunca rechazado por los jefes de la nación, salió, sin duda, por la puerta de Suze, que se abría sobre el valle del Cedrón y se dirigió á Bethania.

Los muros que dominan al valle tienen un aspecto imponente, con sus anchas piedras y sus poderosos cimientos. Uno de los discípulos se los hizo notar.—Ved, Maestro, qué piedras y qué estructuras!<sup>1</sup> Y otros le enalzaban la riqueza de los dones que adornaban al Templo.<sup>2</sup> Aquellos que atrajeron la mirada de Jesús sobre la belleza, la majestad y las riquezas de los edificios sagrados, ¿pensaban en las amenazas terribles que ellos habían escuchado de su boca misma contra Jerusalem y el Templo? ¿Expresaban ellos un pesar de ver abandonar esos muros,—la maravilla del universo para todos los Judíos? No se sabe. La respuesta de Jesús fué espantosa.

<sup>1</sup> Mat., XXIV, 1 y sig.; Marc., XIII, 1; Luc., XXI, 5.

<sup>2</sup> Mat., XXIV, 1 y sig.; Marc., XIII, 1; Luc., XXI, 5.

—“Véis, dijo, esas gigantescas construcciones? De todo ello no quedará piedra sobre piedra, que no sea destruida.”

Ese mismo día, él ya había dicho, con palabras encubiertas, á los Judíos, á propósito del Templo: “Vuestra casa será abandonada y desierta.” El perdona su veneración supersticiosa por la morada material de Dios; pero á sus discípulos les habla sin velo, puede decirlo todo. Es más que el abandono, la devastación que él anuncia, es la ruina, la destrucción total.

Este oráculo profético, cuya autenticidad es cierta, fué pronunciado el 4 ó 5 de Abril (11 ó 12 de Nizán) del año 30.

Ahora, ved lo que pasó el año 70.

Después de un sitio espantoso, Jerusalem, fué tomada por el ejército romano. Tito dió la orden de destruir por completo á la ciudad entera y al templo. No dejó en pie más que las tres torres de Phasael, de Hippicos y de Mariamna, y una parte del recinto occidental. Los muros perdonados debían abrigar al campo romano, y las torres anunciar á la posteridad el valor de los ejércitos que habían vencido á una ciudad tan defendida. Todo lo demás fué arrasado, toda huella de habitación borrada. Así terminó Jerusalem, la ciudad espléndida, célebre en el mundo entero.

La palabra amenazante de Jesús debió parecer á los discípulos el castigo de Dios, el decreto de muerte de la nación infiel; si el mismo templo quedó destruido ¿quién escaparía á la cólera divina? Los últimos anatemas de su Maestro contra los jefes del pueblo, su ciudad y su templo, abrían á su pensamiento lúgubres perspectivas; pero una esperanza brillaba sobre esas ruinas y esas destrucciones: el triunfo del Mesías, después de tales desastres, y su venida gloriosa en un mundo purificado, renovado, consumido. Entonces comenzaría el verdadero Reino mesiánico.

Todo lo que ellos han visto y escuchado, durante sus últimos días, las luchas de las que ellos han sido los testigos y de

<sup>1</sup> Bell. Jud., VII, I, 1.

las que han participado, la oposición y el odio que persiguen al Maestro, parecen haberles afirmado. Ellos sienten mejor la solidaridad que les liga á su propia suerte. Ellos están resueltos á seguirle. Ellos experimentan lo que todo hombre experimenta, por poco que tenga de valor y de generosidad: ellos se adhieren con más ardor á su jefe, viéndole más despreciado y más atacado.

Jesús y sus discípulos habían franqueado el valle del Cedrón y trepaban la pendiente del monte de los Olivos. Llegado al medio de la colina, Jesús se sentó, con el rostro vuelto hacia el Templo. Era la tarde, el sol se ponía. Los discípulos estaban todavía bajo el peso de la palabra de su Maestro: "No quedará piedra sobre piedra." Se acercaron á él, y cuatro de entre ellos, en secreto, le dijeron:—Maestro, decidnos cuándo sucederá todo esto, y cuál es la señal de vuestra manifestación y de la comunicación del siglo.

El misterio con el que está puesta esta cuestión se explica. Había peligro de muerte al hablar de la destrucción del Lugar santo. Los Escribas y los Sanhedritas no admitían que se pudiese, sin blasfemia, suponer la destrucción del templo. Estaban, el diácono, algunos años después, pagará con su vida el valor heroico con el que, recordando la palabra de Jesús, anunciará públicamente el fin.

La cuestión de los apóstoles debe ser examinada de cerca, porque ella manifiesta los pensamientos que les agitan y les preocupan en esta hora trágica; ella nos da la clave de la respuesta profética.

Los discípulos están convencidos que la cólera de Dios va á estallar contra los enemigos de su Maestro, que el Mesías victorioso va á manifestarse con su majestad, y que su Reino, que es la consumación del siglo, va á ser inaugurado. Estos tres hechos: la destrucción de Jerusalem y del Templo, la apa-

† Mat., XXIV, 3; Marc., XIII, 3.

riación ó la manifestación gloriosa del Cristo, al fin de los tiempos y de las cosas, son conexos é inseparables en sus esperanzas. Esas esperanzas, como todas las esperanzas humanas, están llenas de ilusiones. Una es la destrucción de la ciudad santa y del Templo, otro el fin del mundo. Una es la manifestación gloriosa de Jesús en la humanidad pagana, triunfante del judaísmo vencido, y fundando sobre sus ruinas á su Iglesia y á su Reino, otra la manifestación suprema de Jesús, al fin de los tiempos, apareciendo en la plenitud de su gloria, y fundando sobre el viejo mundo destruido, en el universo transfigurado, su Reino eterno.

Hay ahí, por tanto, dos actos solemnes de la justicia vengadora de Dios, el uno que destruye al judaísmo como nación, el otro que destruye á la tierra. El primero hiere á los Judíos: este es el castigo provocado por la muerte del Mesías y por la repulsa de su palabra; el segundo hiere al mundo entero; éste es el castigo traído por la infidelidad y por la repulsa de la acción del Mesías continuada en su Iglesia. Hay dos apariciones solemnes del Mesías, la primera en el mundo pagano, después de su muerte ignominiosa, en medio de las naciones y de los tiempos; la segunda, en la consumación de los siglos. Y, del mismo modo, hay dos Reinos mesiánicos, ó más bien, dos estados de ese Reino, correspondiendo á los dos advenimientos de Jesús: el uno la Iglesia terrestre, desarrollándose á través de las pruebas, las luchas, las persecuciones, semejante al mismo Jesús en su vida humilde, sufriente y oculta: el otro, la Iglesia celestial, apareciendo victoriosa de todas las pruebas, libertada de toda lucha y de toda muerte, semejante á Jesús, en su vida transfigurada.

Esos dos órdenes de hechos se ligan el uno al otro indisolublemente; aunque separados por años y siglos cuya duración nos es desconocida, el primero presagia al segundo y le profetiza. Los caracteres particulares y propios que les distinguen no impiden la analogía esencial que les liga. Al leer la ruina de Jerusalem y del Templo, se entreve la ruina del mundo, en

la consumación de los tiempos; el uno es el fin del mundo y de un pueblo, el otro el fin del mundo y de las naciones.

La mayor parte de las señales precursoras del uno serán siempre precursoras del otro. Al ver el primer triunfo de Jesús, después de la destrucción de Jerusalem y del Templo, en medio de la humanidad conjurada, pero impotente para embarrasar su acción, se piensa en el triunfo definitivo de Aquel que vendrá sobre las nubes del cielo, con la majestad de su gloria, á regir al universo transfigurado; y al ver vivir en la tierra, en lucha constante con el error, la injusticia, el odio y la muerte, el Reino de Cristo invencible en la verdad, la caridad y la paz de Dios, se pueden augurar los esplendores de ese Reino, cuando el mal habiendo sido vencido, alejado, los elegidos formarán con el Cristo glorioso, en la plena vida de Dios, el pueblo eterno, el verdadero Reino que no termina jamás.

La ilusión de los discípulos consistió en identificar los dos órdenes de hechos. Jesús, en su respuesta, los distingue con cuidado. El no quiere satisfacer esa vana curiosidad, sino precaver á los suyos, armarles para la hora terrible que se aproxima. Nada se confunde en su pensamiento ni en su palabra. Los acontecimientos están presentes á sus ojos, antes que ellos se verifiquen. El no es solamente el testigo que les mira, él tiene en él la fuerza divina que les produce. No hay ni vacilación ni "quizá" en lo que él anuncia. El abraza la armonía total de su obra, y todo al hablar á aquellos que van á ver los principios, señor del tiempo y de la eternidad, él instruye á los que se sucederán de tiempo en tiempo, hasta su consumación. Con excepción de ciertos detalles que no pueden convenir literalmente sino á Jerusalem ó al fin del mundo, todas las palabras de esta plática permanecen actuales, siempre palpitantes. El creyente de todos los tiempos ahí puede encontrar la luz práctica necesaria para su vida; la ley de la historia para la humanidad entera, para la tierra que ella habita y para

todo el universo, allí está formulada en términos inmortales.

Todo procede por crisis. El triunfo momentáneo del mal provoca la justicia de Dios que interviene por destrucciones necesarias; y toda destrucción vengadora es seguida de una manifestación nueva del bien, de un triunfo más grande del Cristo y de su Espiritu.

—“¡Estad prevenidos!” Esta fué la última palabra de Jesús, respondiendo á sus discípulos. “Velad sobre vosotros, de miedo que no se os seduzca. No os dejéis engañar ni por los falsos profetas ni por las vanas señales. Vendrán muchos, y tomarán mi nombre, y ellos dirán: Yo soy el Cristo, y el tiempo se acerca; no les sigáis.”

No hay sino un Maestro, un Mesías, un Libertador, un Salvador. Ved lo que Jesús no ha cesado de inculcar á sus discípulos; y ese Maestro, ese Mesías, ese Libertador, ese Salvador es él. El Cristo venido, no hay más Maestro que buscar, más Salvador que esperar, más Revelador nuevo. Aquellos que prestasen oído á los falsos doctores y á los falsos mesías, se extraviarán. Al dar á Jesús, el cielo lo ha dado todo; porque él se ha dado á sí mismo.

Jesús pide á sus discípulos la fidelidad. Si ellos le permanecen unidos, ellos tendrán la fuerza para vencerlo todo y la sabiduría para comprenderlo todo; este es el supremo deber. Ninguno era más urgente para recordar, porque en ese siglo mesiánico, los falsos mesías, los pretendidos inspirados, como Simón el mago, debían multiplicarse en el seno de esa nación, que no habiendo querido nada del verdadero Salvador, iba á ser explotada por los falsos profetas, como presa de todos los vértigos del error.

El Maestro señala en seguida á sus fieles los fenómenos que van á conmover á la sociedad humana y á la tierra entera.

—“Oiréis hablar de guerras y de rumores de guerra, de combates y de sediciones. Nada temáis. Es preciso que esas cosas

sucedan. Los pueblos se levantarán contra los pueblos, los reinos contra los reinos, pero esto no será todavía el fin; habrá, en diversos lugares, pestes, hambres, temblores de tierra, terrores del cielo y grandes señales. Este será el principio de los dolores."

Todas estas palabras se han cumplido á la letra, ellas parecen una historia y ellas son una profecía.

Vense los ataques de los Ascalonitas, de los Plotemaidas, de Damasco, de los Sirios y de todos los pueblos vecinos de Jerusalem. Escúchase el ruido de las legiones romanas, durante los últimos años de Tito, bajo el reino de Calígula y de Nerón, y adivinanse las revoluciones sangrientas que conmueven el trono de los Césares. En esos mismos tiempos, bajo Claudio, el Oriente fué diezmando por una hambre espantosa que desoló á Judea, y los temblores de tierra destruyeron á Laodicea, Hierópolis. La vista de esos azotes hiere siempre á la imaginación popular. Espantado y desconcertado, el hombre cree que todo va á perecer. El temor de Dios le abruma.

Jesús recomienda á sus discípulos la calma.

Esta agitación, este rencor simultáneo de los imperios y de los reinos, esas guerras sin fin, son la ley de este mundo en donde dominan el espíritu de odio y de astucia, el orgullo y voluptuosidad: es preciso que esas cosas sucedan. Sus fieles no tienen de qué sorprenderse ni por qué espantarse como los paganos.

Y lo mismo que los pueblos se agitan, el cielo y la tierra están en movimiento: la lucha física allí reina; las fuerzas que allí juegan tienen sus conflictos, ellas abrumen siempre á la humanidad sorprendida, y á ciertos fenómenos que acusan la inestabilidad de su equilibrio, ellas experimentan estremecimientos por un estado mejor. El creyente debe permanecer firme en esta morada frágil.

Y sin embargo, qué suerte tan terrible la suya!

Jesús va á pintarla con rasgos imperecederos.

1. Act., XI, 28. Cf. Antóg. Jul., XX, 3.

—“Ante todo, tened cuidado de vosotros mismos. Se pondrá la mano sobre vosotros, se os perseguirá, se os entregará. Se os llevará ante los tribunales; seréis apaleados en las sinagogas; se os aprisionará; se os llevará ante los reyes y los gobernadores por causa de mi nombre. Pero esto sucederá para que déis testimonio.

—“Guardad bien, entonces, esto en vuestros corazones, de no premeditar cómo debéis responder. Yo mismo os daré una boca y una sabiduría á las que no podrán ni resistir ni contradecir vuestros adversarios. No sós vosotros los que habláis, es el Espíritu Santo.”

Al lado de las persecuciones políticas, ved las persecuciones y los odios de familias:

—“El hermano entregará á su hermano á la muerte, y el padre al hijo, y los hijos se revelarán contra los padres y los matarán, y seréis odiados de todos, por causa de mi nombre. En ese tiempo, muchos flaquearán y se entregarán unos á otros. Se levantarán muchos falsos profetas que extraviarán á un gran número. La iniquidad se desbordará, la caridad se enfriará. Y vosotros, seréis odiados de todos, por causa de mi nombre. Y ni un solo cabello de vuestra cabeza dejará de perecer.

“Con vuestra paciencia, poseeréis vuestras almas. El que perseverare hasta el fin, ese será salvo.”

Todo se ha cumplido,—las Actas de los Apóstoles lo atestiguan,—como Jesús lo había anunciado. Los primeros discípulos han conocido todas las persecuciones del poder; ellos han sido, como Esteban y Santiago, llevados ante las sinagogas, entregados á la muerte y lapidados, por el nombre de Jesús, revelados ante los reyes y los Gobernadores, como Pablo en Cesarea. El Espíritu de su maestro les ha dado una boca y una sabiduría irresistibles. Ellos han sido el objeto de un odio universal. Ellos han poseído á sus almas con la paciencia. Ellos

1. Mat. XXIV, 10, 12.

han perseverado hasta el fin, en medio de la defección de un gran número. Ellos han hecho resplandecer, por su fidelidad y su fuerza, la gloria del Evangelio. Ellos han esperado la hora de Dios, no dejándose seducir ni por los falsos profetas, ni por las falsas señales, ni por las inspiraciones de un falso patriotismo, ni por las persecuciones. La lucha en este mundo enemigo, la oposición violenta, las injurias, las sevicias, las torturas, el odio y la muerte: ved lo que Jesús anuncia á los que van á llevar su nombre en esta tierra. Este será su privilegio. Las otras religiones serán toleradas ó desdeñadas, honradas por aquellos á quienes hayan esclavizado; la Iglesia de Cristo tendrá como patrimonio el odio de todos, por causa del nombre de su Maestro. Este nombre simboliza todo lo que el mundo odia: la verdad, la virtud, la caridad y la paz, la independencia de las conciencias, él subleva de siglo en siglo, contra él y los que le proclaman, las opiniones en voga, las pasiones, el egoísmo, y ese furor de oprimir que es el mal genio de todos los poderes terrestres.

Todos los siglos, desde el primero traen á la obra de Jesús, un exceso satánico de odio, justificando la palabra de Aquel que, único entre todos los fundadores de religión, ha prometido á los suyos persecuciones, y persecuciones renovadas.

Después de haber precavido á sus discípulos, mostrándoles el medio en el que tendrán que vivir, la muerte que los aguarda y las virtudes que exige de ellos, Jesús les da la señal pedida respecto á la destrucción de Jerusalem.

—“Cuando la véais atacada por los ejércitos, y la abominación de la desolación, predicha por el profeta Daniel, presente en lugar santo,—que aquel que lea entienda,—entonces, sabed que su destrucción está próxima.”

La señal indicada, es según San Lucas, <sup>1</sup> el ejército enemigo atacando á Jerusalem. Los dos primeros Evangelios la llaman al reproducir la expresión de Daniel “la abominación y la

<sup>1</sup> Luc., XXI, 20.

desolación;” ellos designan manifiestamente á los estandartes romanos adornados con las imágenes de los dioses y de César plantados en el territorio sagrado alrededor de la ciudad santa.

Desde el año 65, un cuarto de siglo después que Jesús lo había anunciado, aparecieron los ejércitos romanos.<sup>1</sup>

Viéronse llegar á las cohortes enviadas por el Gobernador Florus para castigar al pueblo turbulento de Jerusalem. Algunos meses más tarde, las legiones volvieron,<sup>2</sup> bajo el mando de Cestius, prefecto de Siria; en fin, en la primavera de 70,<sup>3</sup> Tito atacó á la ciudad santa.

—“En este momento,” dijo Jesús, “que aquellos que estén en Judea huyan hacia la montaña, que los que estén en medio de ella se retiren, y que aquellos que moran en sus cercanías no vayan allá para nada; que el que esté sobre la terraza no baje absolutamente á la casa para traer alguna cosa; que el que esté en los campos no vuelva á tomar su túnica. Esos días serán días de venganza en los que debe cumplirse lo que está escrito.

—“Ay de las mujeres en cinta y de las que amamentan, en ese tiempo! Grande será la angustia en esa tierra y la ira contra ese pueblo.

“Pedid para que esas cosas no sucedan en invierno ni durante el sábado.

“Porque habrá en esos días, tribulaciones tales como jamás ha habido, desde que Dios comenzó á crear hasta el presente y como jamás habrá. Y si esos días no hubieran sido abreviados, ninguna carne se salvaría; pues por causa de los elegidos, ellos serán aliviados.

“Ellos caerán bajo la espada, serán conducidos cautivos entre todos los paganos, y Jerusalem será pisoteada por los Gentiles, hasta que el tiempo dejado á los paganos se haya cumplido.”

<sup>1</sup> Bell. Jud., II, 14, 3.

<sup>2</sup> Id., II, 16, 4.

<sup>3</sup> Id., V, 2, 1.

Y volviendo todavía con una insistencia suprema á los falsos cristos, Jesús agrega: "Respecto de vosotros, si alguno os dice: El Mesías está aquí, está allí, no le creais para nada; porque se levantarán falsos cristos y falsos profetas. Ellos harán señales y prodigios para seduciros, si posible fuera, hasta los elegidos. Entonces vosotros, tened cuidado! Ved que todo os lo he predicho."

El consejo de huir ante las catástrofes y la destrucción terrible querida por la justicia y la cólera de Dios, no se dirige solamente á la primera generación cristiana, sino á todos los discípulos de Jesús, en la duración de la Iglesia, cuando catástrofes semejantes y semejantes destrucciones, ordenadas por la misma justicia contra las naciones, las ciudades, los reinos, las civilizaciones de este mundo, tendrán curso. La fuga, entonces, no es pusilánime, ella se convierte en un acto de vigilancia y en una necesidad.

Los elegidos de esta manera escapan á la venganza de Aquel que vela siempre por su Reino aquí en la tierra. Mientras que los condenados, entregados á la ceguera de sus preocupaciones, á la seducción de sus falsos profetas, á la obstinación de sus doctrinas de muerte, al furor de su odio, se obstinarán en defender lo que no merece vivir y lo que embaraza la marcha de Cristo en la humanidad, sus verdaderos discípulos, presintiendo la tempestad, se retirarán lejos de la tormenta, lejos de lo que debe perecer, y ellos evitarán la espada y las potestades de la muerte. Ellos sobrevivirán, para continuar la obra santa, sobre los restos aún humeantes de lo que la justicia de Dios habrá aniquilado y que temía, como los Judíos, el orgullo de creerse inmortal. Por causa de ellos, los períodos de hundimiento y las crisis necesarias que preceden á las renovaciones serán abreviadas. Ellos harán doblegar á la justicia inexorable ante la misericordia y la bondad del Dios que les ama.

Los apóstoles y los primeros cristianos han obedecido á la sabiduría profética de su Maestro, ellos se han acordado de la advertencia, ellos huyeron de Jerusalem y de la Judea, á la aproximación de las cohortes y de las legiones romanas, ellos se salvaron más allá del Jordán; sobre las montañas de Moab y las elevadas mesetas de Galaad, hacia Pella, así es como la Iglesia palestiniana, por la palabra de Jesús, escapó á la catástrofe espantosa que envolvió á los Judíos, cegados por su fanatismo, no comprendiendo nada de la tormenta desencadenada contra ellos, y no viendo en el ejército de los paganos, el instrumento irresistible de las cóleras de Dios.

La desolación y la ruina, tales como las describe Jesús, en esta plática profética, han sido justificadas, como todo lo que él ha dicho, por los acontecimientos. La narración histórica que se puede leer en Josefo, es el comentario de su palabra. Cerca de un millón de judíos pereció, cerca de cien mil fueron llevados cautivos á Egipto y á las diversas provincias del Imperio.<sup>1</sup> Jerusalem fué, literalmente, pisoteada por los paganos, ella está todavía en su poder. La historia continúa desarrollándose sobre ella como Jesús lo ha profetizado; los siglos se multiplicarán durante un período indeterminado, mostrando á la ciudad culpable, á todos los ojos que saben ver, encorbada bajo el yugo de los Gentiles.

Este es "su tiempo," ha dicho Jesús; el de Israel ha pasado. La obra de Dios se hace entre los pueblos, antes abandonados á sus vías; es preciso en lo de adelante que el Evangelio del Reino sea predicado en todas partes.

Esta palabra misteriosa tralda por el tercer Evangelio, "el tiempo de los paganos," marca el período desconocido, laborioso y atormentado, que separa la destrucción de Jerusalem del fin del mundo. Cuando él sea colmado, entonces vendrá

<sup>1</sup> Bell. Jud., V.

la consumación de los siglos; el Hijo del Hombre hará su venida.

Esta venida nada tendrá que se parezca á la primera.

—“Cuando entonces, durante esta faz llena de luchas, de crisis, de seducciones, de combates sangrientos, oigáis decir: Ved al Cristo en el desierto; no salgáis. Hele aquí en el lugar más secreto de la casa; no le creais. Porque lo mismo que el relámpago centellea en el Oriente y brilla hasta el Poniente, así será la aparición del Hijo del Hombre.

“Y por todas partes en donde esté el cadáver, las águilas se juntarán.”

El hombre no tendrá esfuerzo que hacer para descubrir á Cristo. El resplandor radiante, fulgurante de su gloria, deslumbrará á la inmensidad. Y como las águilas que han acudido á gran vuelo, atraídas por el olor de los cadáveres, los elegidos volarán hacia aquel que ha querido ser inmolado y víctima, atraídas por el aroma de su sacrificio.

—“Inmediatamente después de la tribulación de esos días, el sol se cubrirá de tinieblas, y la luna no dará ya su claridad, y los astros caerán del firmamento, y las fuerzas que están en el firmamento serán conmovidas; entonces aparecerá la señal del Hijo del Hombre en el cielo, y todas las tribus de la tierra se lamentarán y se verá al Hijo del Hombre venir sobre la nube del cielo, con una gran potestad y una gran gloria. Y finalmente, él enviará á sus ángeles con la gran trompeta y él reunirá á sus elegidos de los cuatro vientos, de la extremidad de la tierra á la extremidad del cielo y del uno al otro polo de los cielos.”

Con estas imágenes grandiosas Jesús pintó á sus discípulos el fin de los tiempos, de la tierra y del mundo.

El estado presente de este universo al que ha venido el Mesías, en una hora de la historia, á fundar con el dolor, las luchas y la muerte, el Reino nuevo del Hijo de Dios, á vencer

al mal, á escoger á sus enemigos, no es sino una fase en la evolución inmensa. Esta fase se acabará. ¿Cuál será la naturaleza de la crisis última sobre nuestro planeta? ¿El sistema solar terminará en la vetustez? ¿Habrá algún encuentro formidable de astros y un calor incandescente producido por ese choque? Avanzados de sus órbitas por una fuerza desconocida, los astros se replegarán, cayendo sobre sus centros de atracción? Poco importa. El Maestro de las conciencias no quiere responder á las curiosidades del espíritu.

El nos advirtió que el fin de este mundo terrestre y mudable llegará como un cataclismo violento, una muerte, una devastación, una destrucción. El foco de toda claridad parece cegado y las tinieblas todo lo cubren. Lo que llamamos la gravitación, la fuerza de atracción, el equilibrio, está turbado. Las convulsiones cósmicas todo lo conmueven. Pero esta crisis suprema no será mas que una transformación,—la señal de la venida del Hijo del Hombre, en el pleno reino de su potestad y de su gloria.

Lo mismo que la muerte individual no podría asustar al discípulo de Jesús, puesto que él no ve en ella sino la transformación suprema de su ser y su unión á la vida definitiva con Dios, igualmente la muerte general ó el fin del mundo no debe espantarle: ella es la condición de la renovación universal, la preparación del Reino eterno de Cristo. Esta crisis última está preparada, figurada, en la duración de la tierra, por las destrucciones parciales de las religiones imperfectas, de los pueblos envejecidos, de las civilizaciones gastadas.

Ante esos trastornos, la actitud del cristiano es la misma; él no ve en ello mas que la elaboración progresiva del Reino de Dios, y él pasa á través de las ruinas, levantando la cabeza, aspirando siempre á una realización más perfecta, á una manifestación más elevada de la vida y del Espíritu de su Maestro.

¿Qué llegará á ser el Universo con esta palingenesis<sup>1</sup> de la que Jesús se mira como el principio y el ejecutor? ¿En qué condiciones astronómicas estará el sistema de los cielos? ¿Cuál será esa morada preparada por Cristo á sus elegidos, esa ciudad de quien todas las partes serán llevadas á la unidad? El hombre no lo puede sospechar. Todo lo que él ve está sometido al imperio de la muerte; las leyes que rigen este imperio, hasta que él sea destruido por el Hijo del Hombre, son una barrera infranqueable que detiene nuestros pensamientos tímidos, pusilánimes.

Lo que Jesús promete para la hora de su venida, lo que nos basta saber, es la reunión de todos sus elegidos de los cuatro vientos del cielo en él y con él; esta esperanza tendrá la virtud de sostener á sus discípulos en toda la duración de las edades. Sus revelaciones se dirigen á todos. El oráculo solemne que él ha pronunciado sobre esta pequeña colina de los Olivos, sobre el valle de Josaphat, con los ojos fijos en el Templo consagrado á la destrucción,—este oráculo es una advertencia dada á todos los siglos.

—“Cuando estas cosas comiencen á llegar, no os espantéis. Por el contrario, mirad y levantad la cabeza. Vuestra redención se aproxima.”

¿Cómo se verificará visiblemente el regreso de Cristo? ¿Cómo Aquel que tiene el arnero en la mano hará la gran separación de sus elegidos, en el seno de la humanidad universal y de todas las tribus de la tierra sometidas á su juicio? ¿Qué parte tendrán los espíritus en la obra final? ¿Qué formas nuevas revestirá nuestra vida resucitada, señora del espacio y del tiempo, de la corrupción y de la muerte, transfigurada por la vida misma de Jesús quien fluirá á través de todos sus elegidos? La imaginación y el corazón del hombre no se atreven á presentirlo.<sup>2</sup> Su osadía es incapaz de penetrar los secretos del

<sup>1</sup> Regeneración.  
<sup>2</sup> I, Cor., II, 9.

amor infinito. Nuestra sabiduría no es sino locura, lo que llamamos las audacias del talento, no son mas que timidez ante los designios eternos.

Jesús insistió de nuevo respecto al deber de la vigilancia, y de una vigilancia llena de esperanza.

—“Ved á la higuera y á todos los árboles; cuando las ramas están todavía tiernas y las hojas nacientes, sabéis que el estío está próximo. Igualmente, cuando véais estas cosas, que yo os he predicho, llegar, sabed que el Cristo está cerca, que él está á la puerta, que el Reino de los cielos se aproxima.

Y, á propósito de la ruina de Jerusalem, él agregó:

“En verdad yo os digo, esta generación no pasará, hasta que esto no llegue. El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán.”

Mas, ¿cuál será el día, cuál será la hora de la consumación de los siglos? “Nadie lo sabe, ni los ángeles en el cielo, ni el Hijo; solo el Padre.”

Los secretos divinos que el Hijo del hombre había recibido del Padre, para transmitirlos á la humanidad, no comprenden á aquel; en este sentido es como él lo ignora. Hé aquí al grande, al terrible incógnito. El es siempre la amenaza suspendida sobre la tierra. El mundo puede terminar de un golpe, mañana, en un siglo, en diez siglos. El tiempo es poco; ante Dios y para aquellos que juzgan á la luz de Dios, mil años no son mas que un día. El deber del hombre fiel es vivir como si el mundo debiese terminar hoy.

—“Tened cuidado, velad y orad, porque no sabéis cuándo llegará ese tiempo. Como en los días de Noé, así será la venida del Hijo del Hombre. Antes del diluvio, se comía y bebía, se casaba á los suyos, hasta el día en que Noé entró en el arca. No se conoció la aproximación del diluvio: él llegó y arrastró á todos. Así sucederá con la venida del Hijo del Hombre.

“Velad, pues, sobre vosotros, de miedo que vuestros cora-



ziones no se emboten por la comida y la bebida, y los cuidados de esta vida, y que ese día no llegue repentinamente sobre vosotros; porque no sabéis cuándo llegará. El llegará como una red sobre todos aquellos que habitan la faz de la tierra.

"Entonces, de dos que estén en el campo, uno será cogido, el otro dejado. De dos mujeres que muelan juntas, la una será cogida y la otra abandonada.

"Pasará como á un hombre que, yéndose lejos, dejó su casa, dando poder á sus criados, á cada uno según su función, y ordenando al portero velar.

"Velad entonces, porque ignoráis cuándo llegará el amo de la casa, si en la tarde, ó á media noche, ó al canto del gallo, ó en la mañana. El llegará repentinamente; que él no os halle dormidos.

"El vendrá como un ladrón. Si el padre de familia supiera á qué hora llegará el ladrón, ciertamente él velaría, y no dejaría horadar su casa.

"Velad, pues, y orad siempre y estad prestos, á fin de que seáis dignos de escapar á esas cosas que deben llegar, y de aparecer en pie ante el Hijo del hombre.

"Lo que yo os digo, lo digo á todos: Velad."

Los santos velan de esta manera. Los apóstoles, que han oído en el monte de los Olivos esas palabras eternas, han vivido en la impaciencia y en la espera del regreso próximo de Jesús. Ellos velaban, le llamaban, le deseaban. Esta esperanza viva los ha sostenido en la tempestad de las primeras tribulaciones.

Se notará la persistencia y la fuerza con las que Jesús, en esta hora gravé, inculcó á sus discípulos la espera de su vida futura. Esta espera le guardará vivo en ellos, cuando él haya desaparecido. Ella les libertará de la tiranía de las necesidades de este mundo; ella les hará dueños de sí mismos, les recordará la vanidad y la pequeñez de esta vida que pasa, les

1 Marc., XIII, 28-37, y paralel.

tendrá despiertos como á los criados á quienes la venida del amo puede sorprenderles.

No se trata, por lo demás, para ellos, de inmovilizarse en la expectativa. El discípulo de Jesús no es un ser inactivo, con la mirada fija en la muerte y en la eternidad; es el servidor del Padre, teniendo su tarea en la vida y encargado de velar sobre todos los sirvientes, para distribuirles el alimento á su tiempo.

Bajo esta imagen sencilla que Jesús empleó más de una vez, se descubre la más religiosa, la más sublime concepción de la vida terrestre.

La tierra es la casa del Padre que está en los cielos. Los que la habitan y que ahí pasan son sus servidores. Los prudentes, los fieles, saben que su papel es el de nutrir á los demás. Ellos se olvidan en un trabajo necesario, y su actividad bendita de Dios sirva para hacer vivir á sus hermanos: los unos dan el pan material, los otros el pan espiritual. Ellos dan limosna á los indigentes, instruyen á los que no saben, traen la luz y la virtud, la esperanza y la paz de Dios á los que gimen en las tinieblas y la miseria moral, en la tribulación y el abatimiento.—"¡Dichosos," decía Jesús, "aquellos sirvientes á quienes el Señor hallare obrando de esta manera! En verdad, yo os digo, él lo establecerá sobre todos sus bienes. Pero los demás, los malos, los infieles, los olvidadizos del Señor, aquellos que no creen en su venida y que no tienen ni el temor del juez ni el amor; aquellos que dicen en su corazón: Mi Señor no está próximo á llegar, y que pegan á sus compañeros, que comen y beben con los hombres de embriaguez, aquellos serán separados, desenmascarados.

—"Para ellos las lágrimas y los crugidos de dientes."

El les decía todavía para exhortarles á la vigilancia, pero, á una vigilancia activa:

"El Reino de Dios, en la hora en la que él aparezca en su

1 Mat., XXV, 1 y sig.

gloria, será semejante á diez vírgenes que, habiendo tomado sus lámparas fueron delante del esposo y de la esposa. Cinco de ellas eran necias y cinco prudentes.

“Las cinco necias no se proveyeron de aceite; mas las prudentes tomaron aceite en sus vasos con las lámparas.

“Ahora, tardando el esposo en llegar, todas se adormecieron y se durmieron.

“A la mitad de la noche, un grito se levantó:

Ved al esposo que llega, salid delante de él. Entonces todas esas vírgenes se levantaron y prepararon sus lámparas. Y las necias dijeron á las prudentes:—Dadnos de vuestro aceite, porque nuestras lámparas se apagan. Las prudentes rehusaron:—Tal vez no tenemos el necesario para nosotras, id mejor á comprarle á los que le venden.

Mientras que ellas fueron el esposo llegó. Aquellas que estaban preparadas entraron con él á la sala de las bodas, y la puerta fué cerrada.

“Las demás vírgenes llegaron también, diciendo:—Señor, Señor, ábrenos. Pero él les respondió:—En verdad yo no os conozco.”

Esta parábola, sacada de las costumbres de los Judíos, tiene algo de terrible en su dulzura.”

El esposo es el mismo Cristo; la hora suprema del festín de bodas es aquella en la que será consumada la eterna unión con su esposa la Iglesia, la sociedad de los seres inteligentes y libres unidos entre sí y en Dios.

Para ser admitido en la sala nupcial, es preciso tener la lámpara encendida, el vaso de aceite que alimenta á la flama, la lámpara que no se apaga.

El Señor designa por este símbolo las virtudes que son la claridad del alma, y sin las cuales nuestra fe es como una lámpara sin aceite.

No hay más que un tiempo y una hora para ser admitido

en el banquete. Pasada la hora, la puerta es cerrada. “Yo no os conozco,” responde el Esposo. Ahora, ese tiempo, es la vida terrestre. Aquellos que no han hecho, durante la vida, la provisión misteriosa serán rechazados: he aquí lo que les espanta, las virtudes no se toman prestadas; tesoro personal, inajenable, apenas bastan á los que las han reunido.—“Velad, velad,” repetía Jesús, “tened la lámpara encendida, vosotros no sabéis ni el día ni la hora.”

En la víspera de morir, sentado enfrente del Templo y de la ciudad en medio de sus discípulos, Jesús se esfuerza en esclarecerles y afirmarles, descubriéndoles su gran obra y enseñándoles sus deberes. El habla del tiempo en el que ya no estará, y les dice lo que debe suceder. Su pensamiento va del presente al porvenir, del porvenir inmediato al porvenir extremo, de la tierra de Judea á la humanidad, del mundo que pasa á la eternidad en donde, habiendo sido todo consumado, él reinará, juzgará, escogerá á sus elegidos.

El anuncio de ese juicio definitivo, solemne, es una revelación dirigida á todos los creyentes. En el momento mismo en el que se dispone á juzgarle, él se presenta como el gran Juez.

—“El Hijo del Hombre vendrá,” exclamó, en su majestad, con todos sus ángeles. El se sentará sobre el trono de su potestad. Todas las naciones se asociarán delante de él. El hará el universal escogimiento, como el pastor separa las ovejas de los machos cabríos. El colocará á las ovejas á su derecha, y á los réprobos á su izquierda.

“Entonces, el Rey dirá á los que están á su derecha:—Venid, benditos de mi Padre, poseed el Reino preparado para vosotros, desde el principio del mundo.

“Porque yo tuve hambre, y me habéis dado de comer; tuve sed y me habéis dado de beber; he estado sin abrigo y me habéis recogido; desnudo, y me habéis vestido; enfermo, y me habéis visitado; prisionero, y habéis venido á mí.

“Entonces, los justos le dirán:—Señor, ¿cuándo os hemos visto con hambre, y no os hemos alimentado; teniendo sed, y no os hemos dado de beber? ¿Cuándo os hemos visto sin asilo, y no os hemos albergado; desnudo, y no os hemos vestido? ¿Y cuándo os hemos visto enfermo y en la prisión, y no hemos ido á vos?”

“El Rey les responderá:—En verdad, yo os digo, siempre que lo habéis hecho con el más pequeño de mis hermanos, lo habéis hecho á mí.

“Entonces, él dirá á los que están á la izquierda:—Apartaos de mí, malditos, id al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles.

“Yo tuve hambre, y no me habéis dado de comer. Yo tuve sed, y no me habéis dado de beber. Yo estaba sin abrigo, y no me habéis albergado; desnudo, y no me habéis vestido; enfermo, prisionero, no me habéis visitado. Entonces, también dirán ellos:—Señor, cuándo fué que habiendos visto con hambre ó sed, ó sin asilo, ó desnudo, ó enfermo, ó en la prisión, y que no os hemos asistido para nada?”

“Pero él les responderá:—En verdad, yo os digo, siempre que no lo habéis hecho á uno de los más pequeños, tampoco lo habéis hecho conmigo.

“Y ellos irán al eterno suplicio, y los justos á la eterna vida.”

El alma de Jesús, el genio de su obra, la ley suprema de la humanidad, todo el secreto del destino eterno está en esa página.

El Dios oculto en el hombre de dolor se identifica con todo lo que sufre en la tierra.—“Los pobres, los hambrientos, los despojados, los cautivos, los enfermos, los pequeños, en una palabra, soy yo,” dijo á sus discípulos. Parece que habiendo agotado el sufrimiento, aquellos á quien él oprime son su cosa. Jamás amor de la humanidad se había afirmado de esta manera. La consecuencia es esta: Vosotros, mis fieles,

amad á todos los miserables como me amáis á mí mismo; esta es la ley total y el deber soberano; esta es toda la religión. Si ellos tienen hambre, saciadles; sed, refrigerarles; si ellos están sin morada, abrigadles; sin vestido, vestidles; sin fuerza, asistidles; oprimidos, libradles.

A este precio se llega á ser digno del Reino eterno. El amor eterno ha querido comunicarse á su criatura; y así es como por el amor la criatura se hará digna de esos dones infinitos.

En cuanto á los seres sin caridad, ellos son los maldecidos. ¡Ay! de todos los egoístas que no han conocido la comunión y el amor de los demás;—corazones cerrados, hambrientos de gozar é insensibles al dolor de ese pueblo de miserables en medio del cual ellos habrán pasado sin piedad.

El juez que les espera estará también sin piedad.

El amor será la fuerza suprema que dividirá á los seres inteligentes y libres, llegados al término de su destino. El abrirá á los unos la fuente de la vida eterna, y al retirarse de los otros, él encenderá en ellos el fuego vengador,—suplicio del diablo, de los ángeles, de los hombres seducidos por ellos, y de todos los seres de odio y de violencia, de egoísmo y de corrupción.